



“Capítulo IV”

p. 103-138

William Davis Robinson

Memorias de la revolución mexicana. Incluyen un relato de la expedición del general Xavier Mina

Virginia Guedea (estudio introductorio, edición, traducción y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Fideicomiso Teixidor

2003

412 p. + LXXIV

Figuras

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 40)

ISBN 970-32-0761-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de junio de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/418/memorias-revolucion.html>

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO IV

Mina ocupó Soto la Marina. Disposiciones generales en ese lugar. Acción del coronel Perry contra don Felipe la Garza. Continuación de lo ocurrido en Soto la Marina. Captura del Cleopatra por la fragata española La Sabina. Conducta indigna de los oficiales de aquella expedición. Derrote-ro seguido hacia el interior. Otros acontecimientos. Batalla y toma de la población del Valle del Maíz. Ocurrencias sucedidas en ella, y su evacuación. Batalla de Peotillos. Decretos sanguinarios del enemigo. Conducta del cura de Hideonda y comentarios posteriores. Progreso de Mina. Ataque y toma de Sierra de Pinos. Salida. Reunión con los patriotas. Llegada a la fortaleza patriota de El Sombrero. Su descripción.

La desembocadura del río Santander es muy angosta y tiene una barra que la atraviesa, por la que no pueden pasar buques de más de seis pies de calado.¹ Cerca de la playa, el terreno se halla cortado por grandes esteros y estanques poco profundos, que se extienden hacia el norte por un largo trecho. Después de pasar la barra, el río se ensancha de repente, pero a poco se vuelve a estrechar en dirección a la población de Soto la Marina. Para los barcos que pueden pasar la barra, el río es navegable hasta una corta distancia de la población, más allá de la cual es demasiado bajo, aun para barcos pequeños. La aldea (pueblo)² de Soto la Marina se halla sobre una elevación del terreno, a la orilla izquierda, o norte, del río, y dista de su desembocadura dieciocho leguas.

En la mañana del día 15, los botes de la flota, con una pieza de campaña, algunas provisiones y un destacamento de artillería, subieron por el río para encontrarse con la división en el antiguo establecimiento de Soto la Marina, que se localiza a poca distancia río arriba en el camino al pueblo actual.³ Las tropas emprendieron al mismo tiempo la marcha hacia este lugar. Los botes, al no hallar a la división en el antiguo establecimiento, como esperaban, se dirigieron a la población, donde encontraron que las

¹ La desembocadura del río es llamada actualmente La Pesca. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

² “(pueblo)” en español en la edición de 1820.

³ Mina tenía información de la antigua villa de Soto la Marina, que se encontraba en el límite superior de la ría de ese nombre, pero en 1810 el pueblo había sido trasladado al sitio donde Mina lo encontró. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

tropas habían llegado justo antes que ellos. La división había tardado tres días en su marcha desde la playa debido a la ignorancia del guía, quien la había conducido por una ruta llena de rodeos, y había sufrido mucho por el excesivo calor y la falta de agua.

En México, cinco meses del año, a partir de mayo, son lluviosos; los otros siete son completamente secos. La expedición había desembarcado en la época de la sequía y del calor más abrasador, cuando todos los arroyos se hallan sin agua, así que marchar durante el día era casi insoportable. El método menos agotador de llevar a cabo una marcha en México, en especial en las regiones bajas de sus costas y en las Provincias Internas, es el de ponerse en camino al amanecer y proseguir hasta las nueve o diez de la mañana; hacer alto entonces y emplear el tiempo en cocinar y refrescar a las tropas hasta las cuatro de la tarde, cuando debe reanudarse la marcha, y hacer alto para pasar la noche donde los lugareños señalen como mejor lugar. Así se cubre más terreno y con menos fatiga para los soldados que si se continúa la marcha durante el mediodía.

La avanzada, compuesta de voluntarios de la Guardia de Honor y de la caballería, con un destacamento del Primer Regimiento de línea, entró en Soto la Marina bajo el mando del mayor Sardá sin encontrar ninguna oposición; cuando se acercaba, La Garza, con la guarnición y varias familias del lugar, evacuó la población. A la entrada del pueblo la división fue recibida por el cura, quien dio la bienvenida al general con los brazos abiertos. Cuando La Garza anunció a los habitantes el desembarco de Mina, lo describió acompañado de una banda de herejes que habían venido al país a destruirlo todo y a pasar a cuchillo, sin distinción alguna, a todos sus habitantes. Con estas falsedades y otras medidas violentas había obligado a la parte más respetable de la comunidad a abandonar la población, y fue con gran asombro y satisfacción que los habitantes que permanecieron en ella se vieron tratados con respeto.

Al tomar posesión del lugar, se emitieron las proclamas necesarias, que ofrecían protección a las personas y a las propiedades de quienes permanecieran pacíficamente en sus casas, solicitaban el regreso de los habitantes que habían abandonado el lugar y amenazaban confiscar las propiedades de quienes no regresasen dentro de un plazo dado. Se eligieron autoridades civiles de entre los habitantes y el general los investió de autoridad. Fue entonces cuando el coronel conde de Ruuth dimitió del puesto que ocupaba y regresó a bordo del navío del comodoro. El coronel era tenido en alta estima por toda la división y su pérdida fue muy sentida. El capitán Maylefer⁴ fue entonces promovido al rango de mayor y nombrado comandante de la caballería.

⁴ El capitán Juan Maylefer era un oficial suizo que había servido en Francia bajo Napoleón.

Se estableció de inmediato una imprenta bajo la dirección del doctor Infante,⁵ natural de La Habana, y se publicó el manifiesto del general.⁶ En él, Mina recordaba sus esfuerzos por la causa de la libertad y establecía los motivos que lo habían inducido a abrazar la causa de las colonias oprimidas. Este documento pronto llegó a manos de los comandantes militares realistas, muchos de los cuales, en unión de sus tropas, hubieran seguido las banderas de Mina; pero, como se habían asegurado de la fuerza de su división, no se animaron a hacerlo por creer que era del todo insuficiente para alcanzar cualquier objetivo de importancia. Sin embargo, muchos de los habitantes no se dejaron intimidar por los realistas, y desde el principio se unieron a las banderas de Mina más de cien paisanos. Eran hombres robustos e intrépidos y posteriormente demostraron ser fieles y valientes. La división se aumentó en varias ocasiones con otros reclutas, los que llegaron a más de doscientos hombres. Entre quienes se unieron a la expedición se hallaban dos oficiales realistas: el teniente coronel don Valentín Rubio⁷ y su hermano, el teniente del mismo apellido.⁸

La atención del general se dirigió constantemente a equipar y organizar su pequeña banda. El coronel Rubio y otras personas lo proveyeron de caballos. Un centenar de reclutas se asignó a la caballería y los otros al Primer Regimiento. Los que se unieron posteriormente a la división se incorporaron a los húsares, a los dragones o al Primer Regimiento. Los diferentes cuerpos quedaron equipados de la siguiente manera:

<i>Guardia de Honor</i> (infantería)	Oficiales uniformados como tales, armados con fusil y bayoneta.
<i>Artillería</i>	Casacas pardas con vueltas encarnadas. Cuatro piezas de campaña, dos obuses de seis pulgadas y dos morteros de once y media.
<i>Caballería, Húsares</i>	Chaquetas escarlatas de húsares, chacó y pluma, armados de espadas, carabinas ligeras de dragones y pistolas.
<i>Dragones</i>	Uniforme de dragones de los Estados Unidos, armados con espada, pistola y lanza.

⁵ El doctor Joaquín Infante ("Infanté" en la edición de 1820) dirigió en Soto la Marina el *Boletín de la División Auxiliar de la República Mexicana*, del que aparecieron tres números.

⁶ Al parecer, se trata de la proclama fechada en Galveston el 22 de febrero de 1817. (Véase en C. M. de Bustamante, *Cuadro histórico*, t. 4, p. 317-323, y en L. Alamán, *Historia de Méjico*, t. IV, p. 52-56.)

⁷ "Valentine" en la edición de 1820.

⁸ Su nombre de pila era Antonio.

<i>Regimiento de la Unión</i>	Uniforme del regimiento 104 de la infantería británica.
<i>Primer Regimiento de línea</i>	Uniforme de fusileros de los Estados Unidos.

En seguimiento de sus planes, Mina recorrió la región en todas direcciones; mas, a pesar de que estas incursiones fueron llevadas a cabo por pequeñas partidas que algunas veces no sumaban más de veinte hombres, La Garza, quien rondaba por los alrededores de Soto la Marina con más de trescientos soldados, no las atacó jamás. El general visitó algunos pueblos y haciendas (plantaciones) y un destacamento penetró hasta *Santander*,⁹ capital de la provincia, pero las amenazas de La Garza obligaron a los habitantes respetables a retirarse de sus establecimientos al acercarse las partidas de Mina, y por más poco dispuestos que estuvieran a semejante desplazamiento fueron obligados a hacerlo con aparente alacridad.

Lamentablemente, por estas épocas se escapó de las manos del general una presa de valor. Mina tuvo noticias de que don Ramón de la Mora, dueño de la hacienda de *Palo Alto*,¹⁰ distante siete leguas de Soto la Marina, quien desde hacía algún tiempo lo había entretenido con promesas de avituallamiento, había desaparecido de repente, llevándose consigo todos sus bienes muebles y su dinero en efectivo que alcanzaba, según se decía, la suma de cien mil pesos, y se hallaba acampado en un *rancho*^a distante once leguas de la población. El general, con veinte dragones y ochenta infantes bajo el mando del coronel Perry, marchó esa misma noche para sorprenderlo, y en el camino se le informó que De la Mora iba escoltado por un cuerpo de tropas. Al llegar a dos leguas del rancho, Mina ordenó al coronel Perry que siguiera su marcha mientras él, con la caballería, tomaba otro camino para atacar al enemigo de frente y por la retaguardia. Al llegar cerca del rancho, como esperaba encontrar a su contrario descuidado, el general se lanzó al ataque; mas, para su gran sorpresa, no encontró al enemigo ni tampoco a su propia infantería. Las casas estaban también abandonadas, pero

⁹ Es actualmente Jiménez, Tamaulipas. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

¹⁰ Es actualmente Nicolás Bravo, Abasolo, Tamaulipas. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

^a Rancho significa una granja o un conjunto de chozas de campesinos. Estos lugares no tienen iglesias y dependen del curato de un pueblo o hacienda vecinos para su asistencia espiritual. Para constituir un pueblo es necesaria una iglesia; pero un conjunto de casas, sean muchas o pocas, se llama rancho si no tiene iglesia. Algunos son muy extensos, mientras otros sólo constan de una casa. Algunos de los pueblos tienen únicamente la iglesia y la casa del cura, mientras que otros cuentan con una densa población.

los fuegos que todavía ardían denotaban evidentemente que sus habitantes habían huido hacía muy poco tiempo. Sin poder conseguir noticias de su infantería ni del objeto de su marcha, tuvo que regresar a Soto la Marina, muy mortificado por el contratiempo. Perry, después de separarse de la caballería, llegó al rancho, donde supo que don Ramón se había adelantado; y, dejando noticias al general con sus moradores, marchó en pos de él. Pero, tan pronto como Perry salió del lugar, sus habitantes se retiraron al monte. A la mañana siguiente, el coronel Perry se encontró sorpresivamente con el objeto de su persecución acampado en una llanura y le capturó cuanto traía. Mas no había pasado mucho tiempo en su poder cuando La Garza, con los trescientos cincuenta hombres que habían estado escoltando los bienes, hizo su aparición. El coronel, al verse atacado por fuerza tan superior y sin conocer el carácter de su enemigo, consideró prudente ocupar una posición ventajosa para defenderse y dejó una escolta de seis hombres con el botín. La Garza se adelantó solo para parlamentar con un oficial del coronel Perry y ofreció a las tropas el perdón real si deponían las armas. Esta proposición puso fin a la conferencia. La Garza regresó entonces con sus tropas y se preparó para atacar. Mientras tanto, Perry, quien a pesar de las faltas que se le puedan atribuir era un americano valeroso, dirigió a sus tropas una corta pero entusiasta arenga, en la que les recordó que los ojos de su patria se hallaban fijos en su conducta y que ahora se les presentaba una oportunidad de probar que eran dignos de la causa que habían abrazado. La caballería enemiga atacó en ese momento con su acostumbrada impetuosidad, pero fue rechazada. El enemigo regresó a la carga y llevó a cabo varios intentos infructuosos de romper la infantería de Perry; mas, viéndose inútiles todos sus esfuerzos, al fin se retiró en desorden, dejando nueve muertos. Como el coronel no tenía caballería para llevar su triunfo hasta el fin, el enemigo se formó de nuevo, pero no manifestó estar dispuesto a renovar el ataque. Luego de haber obtenido esta ventaja, Perry se vio obligado a abandonar renuientemente el objeto de su expedición, al no poder llevarse el botín por falta de caballería, y regresó a Soto la Marina sin ser molestado. En esta acción le mataron un hombre y le fueron tomados dos prisioneros, que pertenecían a la escolta del botín, pero entre las filas no hubo muertos ni heridos. Esta victoria, aunque trivial si se considera el daño hecho al enemigo, fue muy importante para la división de Mina; le inspiró confianza y llevó a su pequeña banda a creer que era capaz de enfrentarse a tropas muy superiores en número.

Después del desembarco de Mina, una fuerza de más de ochocientos realistas se estacionó en Altamira, cuarenta leguas al sur de Soto la Marina. La conducta pasiva del enemigo, que permitió que Mina permaneciera tanto tiempo sin ser molestado, es una circunstancia que

pueden explicar mejor los comandantes realistas. Pero la dispersión de las tropas enemigas en pequeñas partidas por todo el país y lo inesperado de la invasión del reino por Soto la Marina son, probablemente, las razones por las que don Joaquín Arredondo, comandante general de las Provincias Internas de Oriente, tardó tanto en hacer sus preparativos y en salir de Monterrey, su cuartel general.

La situación de aquella parte del reino, y de hecho de todo México, era por ese entonces muy crítica. La mayoría de las tropas no eran afectas a la causa realista. Los soldados europeos adoraban a Mina, y éste sabía con certeza que un gran número de habitantes se hallaba pronto a descender de las montañas hasta la costa para unírsele y sólo se había detenido por los movimientos de los realistas. Si Mina hubiera desembarcado con tan sólo quinientos hombres hubiera podido esperar al enemigo, con certeza de alcanzar el éxito, en las fortificaciones de Soto la Marina, y no hay duda de que en ese caso hubiera podido dársele a Arredondo un golpe del que no le hubiera sido fácil recuperarse. El profundo conocimiento que hemos adquirido desde entonces sobre las tropas realistas, su conocido desafecto, la intrepidez y la superior disciplina de la pequeña banda de Mina y la notoria habilidad, actividad y valentía de su comandante garantizan esta afirmación.

A principios del mes de mayo el general supo, por medio de avisos y de espías, que Arredondo concentraba toda la fuerza disponible de la *comandancia*.¹¹ Como Mina conocía que el enemigo podría ser demasiado numeroso para sus escasas tropas, se propuso hacer un pequeño fuerte en Soto la Marina para proteger los pertrechos militares y sostener un sitio si los realistas intentaban cercarlo. Mientras tanto, por medio de marchas rápidas, penetraría en el interior del país para unirse a los patriotas que allí se hallaban, empresa que consideraba practicable y de la que creía, haciéndose ilusiones, que podría regresar con dinero y con una fuerza mayor, suficiente para derrotar al enemigo. Para dar seguimiento a esta determinación, eligió un buen sitio a la orilla del río, un poco hacia el oriente de la villa, y se inició la construcción del fuerte bajo la dirección de Rigal, capitán de ingenieros.¹² La división entera trabajó con presteza para llevar a cabo la obra, en la que ayudó la gente del país, y el mismo general puso el ejemplo al compartir con ellos las tareas. Muy pronto la pequeña fortaleza se halló en estado muy avanzado y, aunque era tan sólo un fuerte de adobe, se esperaba que al quedar concluida sería suficiente para desafiar los esfuerzos del

¹¹ “comandancia” en español en la edición de 1820.

¹² El capitán Rigal, o Regal, era estadounidense. Desafortunadamente no he podido averiguar su nombre de pila.

enemigo. Como el río es allí muy angosto, se pensó en levantar un reducto en la ribera opuesta para proteger las espaldas del fuerte y cubrir el río.¹³

La conducta de Mina en esta ocasión fue notoria por su gran firmeza e intrepidez. Al darse cuenta de que Arredondo pondría en movimiento una avasalladora fuerza de por lo menos dos mil hombres, se resolvió a dejar una guarnición en el fuerte de adobe y abrirse paso hacia el interior del imperio mexicano con el resto de su pequeña banda. Estas disposiciones parecen un tanto temerarias, o más bien propias de un caballero andante, pero las circunstancias en que Mina se hallaba justificaban las medidas que adoptó, y lo que sigue mostrará que únicamente los acontecimientos adversos fueron los que evitaron que el gallardo general tuviera éxito en su intento.

Durante este intervalo, el comodoro Aury había partido en su escuna después de haber hecho arreglos con el general para comprar su bergantín de guerra, el *Congreso Mexicano*, que se encontraba entonces en Nueva Orleans.

Los bergantines apresados también habían partido y sólo quedaban en la barra el *Cleopatra*, el *Neptuno* y el *Ellen Tooker*. El primero había venido como transporte, con lastre. El buque almacén, el *Neptuno*, como era viejo y pesado, en cuanto se descargó fue encallado en la desembocadura del río para dismantelarlo, pues sus materiales podían emplearse para otros fines. Una cantidad considerable de su carga se había llevado río arriba; pero gran parte de ella, en especial la pólvora, permanecía todavía en el lugar del desembarco. Los oficiales y los marinos de los buques que se hallaban a cargo de estas provisiones habían levantado algunas tiendas en la playa con el objeto de protegerlas del clima, pero nunca esperaron que estas mismas tiendas provocaran, como de hecho sucedió, la alarma en las tripulaciones de una fragata y de dos escunas españolas; tanta, que decidieron desembarcar para destruir los almacenes.

Todo iba muy bien para los marinos hasta el 17 de mayo cuando, a las siete de la mañana, la fragata española *La Sabina* y las escunas *La Belona* y *La Proserpina* hicieron su aparición mar afuera,¹⁴ enviadas desde Veracruz con las órdenes más terminantes (como después se supo) de destruir no sólo los navíos sino los almacenes que se encontraran en tierra.

¹³ El sitio donde estuvo ubicado el fuerte fue localizado por Octavio Herrera Pérez en 1982 a dos kilómetros de la plaza principal de Soto la Marina, en un lugar que hasta hace poco conservaba el nombre de “Los Fortines”, localización que se confirmó por haber sido encontrados en ese sitio varias granadas y bombardas. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

¹⁴ Estas tres embarcaciones iban bajo las órdenes del comandante de *La Sabina*, el brigadier Francisco de Beranger. (L. Alamán, *Historia de Méjico*, t. 4, p. 562.)

A la vista de estos inoportunos visitantes, la tripulación del *Cleopatra* subió a los botes y se dirigió a la orilla. Como para los marineros era imposible presentar resistencia a enemigo tan poderoso, todos abandonaron los almacenes, se echaron a los botes y llegaron a Soto la Marina a dar la noticia. Sin embargo, el capitán Hooper permaneció con su bote río arriba, desde donde pudo observar con claridad la conducta de la marina española.

El *Ellen Tooker* se dio de inmediato a la vela y, como dicen los españoles, escapó por ser más velera. El *Cleopatra* no tenía nada a bordo, a excepción de un gato, que los marineros habían olvidado en su prisa. El navío no parecía barco de guerra; era bastante ligero, de bordas altas y sin camarotes. Mientras las escunas daban caza al *Ellen Tooker*, la fragata española actuó con *loable* cautela. Con mucho cuidado, cayó sobre el desgraciado *Cleopatra* y después de largarle *dos andanadas*, al ver que no contestaba, sus hombres se aventuraron a bordo y tomaron posesión de ella. Envalentonados por este golpe, subieron a los botes de la escuadra, pues las escunas habían regresado ya de la persecución, con el propósito de desembarcar y de apoderarse o destruir los almacenes de la playa. Después de remar hasta la boca del río, estos valientes individuos se asustaron, sin duda, al ver las tiendas levantadas por los marineros. Probablemente su apariencia les hizo temer que los aguardaba una partida; por lo tanto, consideraron más prudente abandonar su peligroso intento y contentarse con la victoria lograda sobre el barco vacío. Así, regresaron a sus respectivos navíos y, después de colocar dos cañones de la fragata a bordo de su presa, todo el escuadrón se hizo a la vela. El navío, sin embargo, había quedado tan destrozado por el cañoneo inmisericorde que recibió, que resultaba inservible, y después de haber estado durante un corto tiempo en posesión del enemigo, éste le prendió fuego.

A su regreso a Veracruz, estos héroes presumieron de su valentía al haber destruido *dos* navíos, uno de ellos un *buque de guerra*, refiriéndose al *Neptuno* que, según se recordará, había sido previamente dismantelado por orden del general, y dieron como motivo de no haber destruido los almacenes en tierra el que el oleaje era demasiado fuerte. Ya aventuramos cuál fue la verdadera razón, pues el oleaje ciertamente no fue un obstáculo. Las provisiones se desembarcaron con toda seguridad cuando el oleaje era igual de fuerte y la tripulación del barco, esa misma mañana, no había tenido dificultad alguna.

La victoria lograda sobre el rebelde Mina en Soto la Marina se celebró en Veracruz, al regreso de la fragata *La Sabina*, con un solemne tedéum. Se enviaron mensajes a la ciudad de México, que se publicaron en la *Gazeta mexicana*, anunciando que la expedición de Mina había quedado destruida por completo y que se habían tomado *numerosos* prisioneros.

A causa de esta memorable victoria se hizo una promoción general, y el alférez que tan valientemente abordó el *Cleopatra* fue ascendido a teniente. Tendremos ocasión de hacer notar más adelante otras exageraciones y falsedades palpables que el gobierno español ha publicado durante el curso de esta revolución. En realidad, ¿podría ser de otra manera, cuando en todo el reino existe un solo periódico, el que se halla bajo el control vigilante de un gobierno despótico?

Mina recibió la noticia de la llegada de la escuadra española frente al río y de la captura de sus navíos con la mayor compostura. De inmediato supuso que el enemigo no sólo destruiría sus provisiones sino que cooperaría con Arredondo; por ello ordenó que un destacamento, con una pieza de campaña, bajara por el río para observar sus movimientos. Pero a poco llegó el capitán Hooper y el relato que hizo de lo sucedido tornó la alarma de la guarnición en un rato de entretenimiento a costa de sus valerosos antagonistas.

Por entonces se había terminado la construcción del fuerte, en el que se montaron cuatro carronadas que llevaba la flota, las piezas de campaña y los obuses. Se llevaron a él dos morteros de once pulgadas y media, una cantidad considerable de municiones y parte de la carga del *Neptuno*. Se mató ganado y se saló su carne, se introdujo todo el maíz que se consiguió en los alrededores y el fuerte se puso en el mejor estado de defensa que el tiempo y las circunstancias permitieron.

Como el general Arredondo había iniciado su marcha desde Monterrey y avanzaba sobre la guarnición con una fuerza de dos mil hombres y diecisiete piezas de artillería (se trataba de toda la fuerza de las Provincias Internas de Oriente), Mina dispuso lo necesario para la marcha que pretendía hacer al interior. Con la parte de su división que iba a intentar esta empresa, acampó en la orilla derecha del río, a cosa de una legua de Soto la Marina, donde permaneció algunos días.

El coronel Perry había dado desde hacía tiempo muestras patentes de descontento. A menudo había expresado su parecer de que la división era demasiado débil para prestar algún servicio a los patriotas y que anticipaba su destrucción. Después se pensó que había meditado largo tiempo el plan que entonces puso en ejecución. Aprovechándose de que el general y el coronel Young se encontraban ausentes del campamento, arengó a sus soldados y les comunicó su intención de separarse de Mina y regresar a los Estados Unidos. Les hizo ver los enormes peligros que les aguardaban y los animó a retirarse mientras tuvieran oportunidad. Por este medio convenció a cincuenta y un hombres, incluyendo al mayor Gordon y al resto de sus oficiales así como a uno de la guardia de honor, para que lo acompañaran. Marcharon en dirección de *Matagorda*, donde Perry pensaba encontrar suficientes botes para transportar a su

partida hasta pasar la frontera entre los Estados Unidos y las posesiones españolas.

La conducta del coronel causó asombro y tristeza pues, aunque alguna vez se había mostrado caprichoso y descontento, nadie creyó posible que abandonara la causa en horas de peligro; y de verdad que en esta ocasión su conducta sigue pareciendo muy misteriosa. Además, el marchar con semejante puñado de hombres a lo largo de la costa donde sabía que el agua era muy escasa, en especial durante esa estación, y cuando se suponía que el enemigo podía oponerse a su marcha fue un acto de evidente temeridad.

Posteriormente, autoridades mexicanas fidedignas informaron que el coronel logró llegar hasta una corta distancia de su destino, después de algunas escaramuzas con las tropas realistas en las que el éxito le sonrió. Animado por estas victorias, decidió atacar una fortificación cercana a Matagorda que hubiera podido dejar a retaguardia, pues su guarnición no había mostrado la menor disposición de molestarlo. Intimidó a rendición a su comandante, quien deliberaba si debía o no hacerlo cuando apareció una partida de caballería realista compuesta de doscientos hombres. El resultado de ello fue que se rechazó la intimación, la guarnición hizo una salida y se inició una acción muy reñida en la que Perry y sus hombres mostraron el más decidido valor. Continuaron combatiendo contra esta fuerza muy superior hasta que todos, excepto Perry, murieron. Al encontrarse como único superviviente y decidido a no caer prisionero, se dio un tiro en la cabeza y puso fin a su existencia. De esta manera pereció un hombre valiente, aunque temerario, y con él cayeron varios oficiales y hombres valiosos.

El coronel Perry había estado al servicio de los Estados Unidos y se halló presente en la memorable batalla de Nueva Orleans. Abrazó después la causa de México y quedó adscrito a la división que invadió Texas bajo el mando de don *José Bernardo Gutiérrez*.¹⁵ Estuvo a las órdenes de *Toledo* en el ataque a las tropas españolas que comandaba *Arredondo*, frente a *San Antonio de Béjar*, el 18 de agosto de 1813. En ese desastroso lance el coronel se comportó con su valor habitual, pero a duras penas pudo salvar la vida. Los sufrimientos que por entonces padeció a causa de la fatiga y las privaciones, antes de poder regresar a los Estados Unidos, fueron terribles.

¹⁵ “José Bernardo Gutierrez” en la edición de 1820. Gutiérrez de Lara fue enviado por Ignacio Allende a los Estados Unidos en 1811 para conseguir apoyo de su gobierno para el movimiento insurgente. Con ayuda de diversa índole, organizó un ejército e invadió Texas en 1813, pero tuvo problemas con José Álvarez de Toledo, quien le quitó el mando de la provincia. Después de lograda la independencia fue gobernador de Tamaulipas y más tarde comandante general.

La desertión del coronel Perry con un número tan grande de hombres valiosos fue un golpe muy severo para Mina; no obstante, no abatió su ánimo decidido. El mayor Stirling,¹⁶ quien también había estado al servicio de los Estados Unidos, fue nombrado para comandar el Regimiento de la Unión y se nombraron otros oficiales en lugar de los que habían desertado.

Como para entonces Arredondo había avanzado hasta una corta distancia de Soto la Marina, Mina dio sus últimas disposiciones en el fuerte. Dejó como guarnición a destacamentos de la Guardia de Honor, de artillería, del Primer Regimiento de línea, de ingenieros, del cuerpo médico y del de comisaría, de mecánicos, etcétera, con los marineros de los navíos destruidos al mando del capitán Hooper y algunos reclutas. Todas estas fuerzas, que sumaban cerca de cien hombres, quedaron bajo el mando del mayor *don José Sardá*. El general dio instrucciones al mayor de resistir hasta lo último, asegurándole que regresaría en corto tiempo y obligaría al enemigo a levantar el sitio si es que intentaba establecerlo durante su ausencia.

El 24 de mayo la división inició su marcha. Se componía de las tropas siguientes:

El general y su estado mayor	11
Guardia de Honor, coronel Young	31
Caballería, húsares y dragones, mayor Maylefer	124
Regimiento de la Unión, mayor Stirling	56
Primer Regimiento de línea, capitán Treviño ¹⁷	64
Soldados de artillería	5
Sirvientes de oficiales, armados	12
Ordenanzas del estado mayor	5
Total	308 ^b

Cuando se inició la marcha, el enemigo se hallaba a unas cuantas leguas de distancia y, por lo tanto, fue necesario guardar el mayor secreto y hacer movimientos rápidos para poder eludirlo. Al día siguiente, el

¹⁶ El mayor Stirling o Sterling era originario de los Estados Unidos. Desafortunadamente no he podido averiguar su nombre de pila.

¹⁷ "Traviño" en la edición de 1820. El capitán José Treviño fue capturado en la toma del fuerte de Los Remedios, y fusilado más tarde.

^b Ésta no fue la fuerza de la división cuando empezó a marchar. También se hizo un cambio en los cuerpos. Algunos de los oficiales de la Guardia de Honor fueron transferidos, durante la marcha, a otros cuerpos. Durante los primeros doce días algunos reclutas se ofrecieron a servir y, como la división llevaba lotes de armas y ropa, fueron enlistados en la caballería o en el Primer Regimiento. Además de los anteriores, hubo varios arrieros. Para evitar detalles prolijos, el escritor ha registrado de una vez la fuerza mayor que tuvo de la división.

guía condujo a la división por una vereda india entre colinas cubiertas de densos bosques, camino que en muchos lugares era necesario volver a abrir pues atravesaba matorrales que, quizá durante muchos años, nadie había penetrado.¹⁸ La marcha de ese día se inició al amanecer y fue larga. Las tropas sufrieron por falta de agua, pues hasta el atardecer, cuando la división salió de los matorrales, habían estado expuestas a un sol abrasador, sin ninguna brisa ni líquido para refrescarse. Se encontró algo de agua en la orilla del matorral, y después de un alto de pocos minutos se continuó la marcha hasta la medianoche, cuando el general se adelantó hasta una hacienda con la caballería. Mina llevó consigo al guía, por lo que la división se vio obligada a hacer alto, pero permaneció sobre las armas y al amanecer continuó la marcha, llegando a la hacienda cerca del mediodía, fatigada y hambrienta.¹⁹

Se le suministró de inmediato carne, pero no pudieron procurarse un artículo tan necesario como el pan a causa del método empleado en hacerlo,^c así que las tropas se vieron en la necesidad de comer tan sólo carne. Ésta fue su comida durante todo el camino hasta finalizar la marcha, y se hacía sólo cada veinticuatro horas. A pesar de que toda la tropa iba montada, su progreso fue tedioso y lento porque los caballos se agotaban a causa de las largas y continuas marchas. La falta de buenas provisiones,

¹⁸ El lugar es llamado Cañón del Diablo, en el centro de la sierra de Tamaulipas. El Cañón generalmente está seco, por lo que las tropas de Mina sufrieron de escasez de agua. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

¹⁹ En realidad se trata de la misión de indios pasitas de Boca de Nuestra Señora de Guadalupe, hoy ejido Felipe Ángeles, Soto la Marina, Tamaulipas, administrada por los frailes franciscanos del Colegio de Pachuca. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

^c El pan que por lo general consumen los mexicanos, en particular la gente del campo, está hecho de maíz y mediante un proceso desconocido en cualquier otro lado. La cantidad de maíz necesario para el consumo diario de la familia se pone a remojar, desde la noche anterior, en agua caliente mezclada con cal en una vasija grande de barro. Esto suaviza el hollejo y en la mañana se encuentra listo para usarse, pero el sabor del maíz, y la mayor parte de su substancia, se pierde con esta preparación. Entonces se le muele, con mucho trabajo, entre dos piedras planas, a las que los indios llaman *metate*. Después, golpeándolo entre las manos, se le da forma de torta de ocho o diez pulgadas de diámetro y de un dieciseisavo de pulgada de espesor. Entonces se le coloca en una plancha de barro (*comal*) y se le cuece. Estas tortas se llaman *tortillas*. Su preparación es muy laboriosa y llevada a cabo únicamente por mujeres; si la familia es grande, se necesita que cuatro o cinco de ellas desempeñen este trabajo. El arte de hacer tortillas es considerado de mucha importancia por los nativos, y su excelencia consiste en moler el grano hasta que se vuelva blanco, en hacer las tortas delgadas y, sobre todo, en mantener a la mesa provista de tortillas calientes durante las comidas. El indio, cuando va a casarse, es particularmente cuidadoso al elegir como novia a quien entienda de este arte, cuya perfección es considerada como el punto más elevado de los atributos femeninos. Por la descripción precedente podrá verse que el hacer tortillas en los ranchos pequeños para más de trescientos soldados requeriría más tiempo que el que podría emplearse en este propósito y, por lo tanto, rara era la vez en que las tropas se veían provistas de tan importante artículo de comida. No obstante, en las poblaciones y aldeas grandes siempre puede conseguirse abundante pan de trigo.

lo cansado de las marchas bajo un sol abrasador y el pasarse con frecuencia muchas horas sin agua, además de otras causas, hicieron que los sufrimientos de la tropa fueran casi increíbles; pero, aunque constituyeron una serie continua de privaciones, como no es la intención del escritor el inflar su narración con prolijas descripciones de padecimientos personales, se restringirá a mencionar únicamente aquellas que considere esenciales para su historia.

El general, al hacer durante los dos primeros días esta marcha rápida y secreta, no sólo eludió al enemigo sino que pensó en la posibilidad de sorprender a algunos de los ricos fugitivos de Soto la Marina, quienes, según supo, se hallaban en esta hacienda²⁰ que distaba veinticinco leguas de aquella población por la ruta que siguió la división. Supuso que estas personas se hallarían en ella descuidadas, ya que consideraban imposible que el general avanzara por el camino real sin antes recibir aviso oportuno. De hecho, la misión fue sorprendida por completo, aunque Mina encontró tan sólo a algunos sacerdotes y a la esposa de don Ramón de la Mora, dueño de Palo Alto. Encontró también parte del botín que había tomado el coronel Perry y, como se componía de artículos indispensables para la comodidad y las necesidades de las tropas, el general ordenó que se distribuyera entre sus hombres.

La división abandonó este lugar a la mañana siguiente. Nada importante sucedió hasta su llegada a la población de *Horcasitas*,²¹ situada a las orillas del río Altamira. Éste podía cruzarse, pero por un vado muy peligroso, y un oficial, el teniente Gabet,²² fue arrastrado con todo y su caballo y se ahogó. Cerca del mediodía siguiente las tropas llegaron a una hacienda²³ en la ribera opuesta, a cosa de cinco leguas río abajo, donde se hizo alto por ese día. De allí se envió una partida para apoderarse de una manada de setecientos caballos que se había reunido

²⁰ No se trataba de una hacienda sino de una misión, término que usa el propio Robinson en este mismo párrafo. Era la misión de San José de Palmas, de los indios comecamotes y otros, hoy poblado "El Verde", municipio de Villa de Casas, Tamaulipas, administrada por los franciscanos del Colegio de Pachuca. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

²¹ Al decir de Octavio Herrera Pérez, Horcasitas era un mísero villorio, aunque durante las fundaciones hechas por Escandón a mediados del siglo XVIII fue el único sitio al que se le dio título de ciudad. En la actualidad se denomina Magiscatzin y es, paradójicamente, una congregación, habiéndose trasladado los poderes municipales a Villa González, Tamaulipas.

²² El teniente Gabet o Gavet, cuyo nombre de pila no he podido averiguar, era originario de Francia. El río es el Guayalejo-Tamesí. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

²³ Es la famosa hacienda de El Cojo, municipio de Villa González, Tamaulipas, propiedad entonces del coronel realista Cayetano Quintero y que a finales del siglo XIX perteneciera a la familia del presidente Manuel González. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

cerca de aquel lugar para uso de las tropas enemigas. Los caballos fueron tomados y su adquisición fue de enorme importancia para Mina mientras que su pérdida fue muy sentida por los realistas. A la tarde del día siguiente, Mina prosiguió su marcha; sus tropas montaron los mejores caballos y los que sobraron se llevaron a la retaguardia de la división. No obstante, pocas noches después casi todos estos animales se perdieron mientras la división ascendía, en gran oscuridad y por un camino muy malo y angosto, una montaña cubierta de espesos bosques. El general se dirigía entonces a la población del *Valle del Maíz*.²⁴ Los últimos movimientos de Mina tenían a los realistas en un estado de alarma continua. El enemigo no sabía sobre cuál punto se dirigía; y como amenazaba a la vez Altamira y Tampico, se vio obligado a permanecer en ambas posiciones para protegerlas. Sin embargo, tan pronto como Mina avanzó de Horcasitas al Valle del Maíz, se lanzó en su persecución un numeroso cuerpo de tropas. Para estas fuerzas la captura de la caballada²⁵ (manada de caballos), que acabamos de mencionar, fue un suceso penoso.

La mañana del 8 de junio, en el momento en que la división iba a iniciar la marcha, llegó un campesino con la noticia de que los realistas del Valle del Maíz, con una fuerza de cuatrocientos hombres, todos de caballería, habían tomado posiciones a cierta distancia adelante de esta población y se hallaban decididos a hacer resistencia.

Estas noticias elevaron los ánimos de la pequeña banda, la que continuó la marcha ansiosa de vérselas con el enemigo. Pronto se dieron cuenta, por varios artículos de provisiones desparramados a lo largo del camino, que el enemigo había cambiado de parecer y se había retirado. Las huellas de ruedas demostraban también que llevaba cañones. Sin embargo, poco después pareció que de nuevo se había decidido a oponer resistencia, pues cerca del mediodía la división lo alcanzó; su fuerza consistía en cerca de doscientos hombres de caballería, colocados ventajosamente en una eminencia en el camino real, a tres leguas del Valle del Maíz.

La satisfacción que mostró la división convenció a Mina de que podía confiar en su conducta, y de inmediato se dispuso para el ataque. La infantería desmontó y se escogió a los mejores tiradores de la Guardia de Honor y del Regimiento de la Unión para actuar como tropas ligeras. Éstas, compuestas de catorce hombres, se enviaron a desalojar a la izquierda enemiga, escondida en un matorral, mientras el cuerpo principal se mantenía firme, listo para actuar de acuerdo con las circunstancias. Las tropas ligeras avanzaron hacia el matorral y, después

²⁴ “*Valle de Mais*” en la edición de 1820.

²⁵ “cavallada” en español en la edición de 1820.

de unos cuantos disparos bien dirigidos, que mataron a cinco e hirieron a varios más, vieron con extrañeza cómo sus contrarios se replegaban hacia su reserva. La partida los persiguió y de nuevo abrió fuego sobre ellos; entonces todos se retiraron. El general, tan pronto como se rompieron las filas enemigas, ordenó que el cuerpo principal avanzara, y cuando retrocedieron los contrarios seleccionó a los veinte mejores soldados de la caballería, que eran algunos extranjeros y otros nativos de Soto la Marina, con los que persiguió arrojadamente a los cuatrocientos hombres de la caballería enemiga a través de la población y hasta una corta distancia del otro lado de ella, donde una parte de los realistas le hizo frente. Pero el general, a la cabeza de sus veinte hombres, atravesó a sus oponentes, quienes rompieron filas y huyeron. Mina les persiguió más de dos leguas, les tomó un cañón — una pequeña pieza de montaña — y los hizo que se dieran completamente a la fuga. Regresó después a la población y la ocupó. El enemigo tuvo algunos muertos y se le tomaron varios prisioneros; Mina tuvo un hombre herido de gravedad, pero ningún muerto.

La intrepidez personal y la habilidad mostradas en esta ocasión por el general produjeron en el ánimo de sus tropas no sólo la devoción a su persona sino una confianza ilimitada en sus habilidades.

El Valle del Maíz está situado cerca del río *Pánuco* y no lejos de la población de ese nombre, en la provincia de *San Luis Potosí*. Era, con mucho, la mejor población que la división había visto hasta entonces. Tiene una gran plaza, con edificios espaciosos y bien contruidos, y varias hermosas iglesias. Las casas, por lo general, mantienen un aire de pulcritud y están bien edificadas. La división había perdido las esperanzas de encontrar una población semejante a causa del desolado aspecto de la región recorrida hasta entonces. El camino que había seguido pasaba a través de la peor parte de la *Tierra Caliente*,²⁶ o región cálida, la que a causa de sus pocos habitantes, falta de cultivo y escasez de agua ha llevado a muchos viajeros a formarse una mala opinión de México. Pero en el Valle del Maíz se abría una perspectiva mejor; se iniciaba allí el ascenso a la *Tierra Fría*,²⁷ o región templada, que se extiende sobre una vasta montaña o meseta y que compone las ocho décimas partes del reino de México. La población del país se tornaba cada vez más densa, en varias direcciones la vista encontraba buenas poblaciones y espléndidas haciendas y a cada hora el clima se tornaba más agradable.

El Valle del Maíz es lugar de un importante comercio. Sus almacenes se hallaban bien surtidos de mercancías y muchos de sus habitantes eran extremadamente ricos. Un número considerable de ellos había

²⁶ “*Tierra Caliente*” en español en la edición de 1820.

²⁷ “*Tierra Fria*” en español en la edición de 1820.

huido de manera precipitada bajo la impresión de que el avance de Mina se señalaría por una conducta sanguinaria. Sus miedos aumentaron a causa de que acababan de celebrar, con gran regocijo, la victoria de la flota realista sobre Mina anunciada en la *Gazeta de México*. Fue tal su precipitación al escapar, que dejaron a merced del conquistador sus valiosas y bien provistas tiendas. En este lugar Mina dio una prueba inequívoca de su carácter generoso y político. Se dictaron las órdenes más estrictas para que las tropas no mancharan la causa que habían abrazado con ningún acto de saqueo ni de violencia personal hacia los habitantes. Únicamente se tomaron de las tiendas algunos artículos necesarios para las tropas y Mina recibió de la población una moderada suma de dinero, por lo que la gente se convenció de que su intento no era oprimirla ni maltratarla. Se repartieron algunas de las mercancías capturadas durante la marcha, así como unos cuantos pesos, a cada soldado.

El día 9 por la noche, el general recibió noticias de que *Armiñán*,²⁸ comandante de un batallón del regimiento europeo de infantería de línea de Extremadura, venía desde Altamira en su persecución con cerca de setecientos hombres de infantería y un numeroso cuerpo de caballería, y que se encontraba a dos días de marcha de su retaguardia. Estas noticias no causaron sorpresa ni desmayo entre las tropas. Se hallaban tan animadas por la victoria recién obtenida que, si el general les hubiera propuesto marchar y enfrentarse a esta formidable fuerza, hubieran obedecido de muy buena gana. Mas el general era demasiado prudente para buscar el combate con tal disparidad de fuerzas. Su principal objetivo era reunirse con los patriotas del interior y, aunque calculaba que sus tropas se comportarían bien, sabía que cada acción emprendida contra fuerzas superiores reduciría las suyas, por lo que tomó como política invariable evitar al enemigo en lugar de atacarlo. A pesar de ello, convocó a consejo a sus principales oficiales para consultarles si sería mejor aguardar a los realistas en la misma posición donde se había dado el ataque el día anterior o, por medio de marchas forzadas, intentar unirse a los patriotas antes de que el enemigo se preparase. El consejo se inclinó en favor de esto último y al amanecer del día siguiente la división se puso en marcha.

Las jornadas fueron entonces más largas que antes y las tropas escasamente tuvieron descanso o refrigerio, pero los soldados se daban ánimos con el ejemplo de Mina, quien parecía superior a fatigas y privaciones y se hallaba en constante alerta.

El 12 por la noche la división llegó a un rancho e hizo alto. A la mañana siguiente se repartió entre las tropas suficiente cantidad de tortillas y carne. Asimismo se envió un pequeño destacamento de caballería

²⁸ "*Armiñán*" en la edición de 1820. Benito Armiñán fue comandante general realista de la Huasteca.

a un rancho vecino, pero fue rechazado por una fuerza superior de caballería enemiga. También se supo que se había unido a Armiñán un cuerpo considerable, llamado Caballería de *Río Verde*, y que se encontraba a pocas leguas de distancia. Por ello, Mina hizo que la división se adelantase, y como fue necesario avanzar con rapidez no hubo tiempo de obtener provisiones. En la noche del 14, la división llegó a la hacienda llamada *Peotillos*. El enemigo, sin embargo, se había acercado a marchas forzadas y tomó prisionero a un soldado del Regimiento de la Unión, quien incapaz de continuar se había rezagado.

Al llegar a la hacienda, agotadas por el hambre y la fatiga, las tropas esperaban conseguir lo necesario para su sustento. Mas, para su gran desilusión, encontraron que el *mayordomo*²⁹ (capataz) había huido y se había llevado consigo a todos los indios, por lo que no se pudo conseguir ganado. En el estado de cansancio en que se hallaban las tropas el sueño les era más necesario que la comida, y se consolaron con la esperanza de hacer un buen almuerzo a la mañana siguiente. Así, pues, temprano en la mañana del día 15 se requisaron las aves de corral y los puercos de la hacienda y las tropas se animaron con la perspectiva de un buen desayuno. Pero a las ocho de la mañana, mientras se cocinaba, llegó aviso de que la vanguardia del enemigo se encontraba a dos millas de la hacienda; se llamó entonces a combate y la fuerza marchó a una pequeña altura cercana a la hacienda, desde donde se dominaba toda la llanura.

La *hacienda de Peotillos* es propiedad de un convento de México.³⁰ Es de mucho valor y sus edificios son grandes y hermosos, situados al pie de una sierra que corre de norte a sur, a quince leguas al noroeste de la ciudad de *San Luis Potosí*. Al oriente de la hacienda se extiende una espaciosa llanura, limitada por colinas. Esta planicie estaba sembrada de maíz en muchos lugares, pero se encontraba invadida por abundantes arbustos como de diez pies de alto. La avanzada enemiga estaba formada a la orilla de uno de estos matorrales, con un claro al frente, junto a un campo de maíz que se hallaba sólidamente bardeado.

Desde la eminencia a la que subió la división, Mina reconoció al enemigo. Vio entonces que la acción era inevitable. Huir ante tal fuerza en el estado de cansancio de su infantería y con las agotadas monturas de la caballería hubiera sido perderse, y el defender la hacienda sólo conduciría al exterminio de su pequeña banda. Por ello, decidió dar un golpe, confiado en obtener un resultado feliz. Una vez decidido su plan, cabalgó hasta sus tropas y les hizo saber que el cuerpo de

²⁹ “*Mayor Domo*” en la edición de 1820.

³⁰ Por entonces pertenecía a la orden de los carmelitas.

caballería que tenían a la vista se componía de cerca de cuatrocientos hombres y que la nube de polvo que se levantaba a cierta distancia era provocada por el cuerpo principal, pero que creía que antes de que éste llegara tendrían tiempo suficiente para derrotar a la vanguardia. Concluyó preguntándoles si estaban dispuestas a bajar a la llanura y atacar a los realistas. La división había aprendido a despreciar a la caballería enemiga y, por el conocimiento que había adquirido de su estado indisciplinado y la gran confianza que despositaba en Mina, de buena gana se hubiera enfrentado a cualquier fuerza de caballería realista. Así, pues, con tres vivas contestó al general que lo seguiría a donde la guiase. Al momento, Mina seleccionó tropas de la división, la Guardia de Honor, el Regimiento de la Unión, varios destacamentos de caballería y del Primer Regimiento de línea y los sirvientes armados —que eran jóvenes de color bajo el mando de uno de los sirvientes del general— y marchó al ataque. La pequeña partida, que incluía a Mina con su estado mayor y un refuerzo de diez hombres de caballería, que fue llamado durante el combate, se componía de *ciento setenta y dos hombres*. De éstos, la Guardia de Honor y el Regimiento de la Unión formaron la línea, mandada por el coronel Young. Un destacamento de la Unión, con el del Primer Regimiento y los sirvientes armados, actuó de escaramuza y la caballería cubrió los flancos. El resto de la división, al mando del coronel Novoa,³¹ permaneció en la hacienda para proteger las provisiones.

Inmediatamente después de llegar la división al claro, los enemigos hicieron una furiosa acometida, pero fueron recibidos con firmeza. Un fuego bien dirigido puso freno a su ardor y se replegaron, dejando veintidós muertos. Pero, como sabían que se acercaba un poderoso apoyo y se les había ya unido un refuerzo de caballería, se animaron a continuar el combate. Dando rodeos y cargando ocasionalmente molestaron a la división hasta que llegó el cuerpo principal, compuesto de infantería, caballería y artillería. Estas tropas se escondieron bajo los arbustos ya mencionados, que ocultaron su llegada, y el primer indicio que tuvo la división de su arribo fue un fuego tremendo procedente de su línea. Mina, al darse cuenta de esta fuerza abrumadora, dispuso la retirada a la hacienda, para así reunir sus fuerzas. Mas el enemigo, animado por este movimiento, avanzó cargando de continuo y manteniendo un fuego intenso que hizo caer a varios de la pequeña banda. El general, al ver que era imposible replegar sus fuerzas, las detuvo e hizo varios movimientos necesarios. Entonces los realistas tomaron una posición, con su izquierda apoyada en la barda de los

³¹ “Noboa” en la edición de 1820. El coronel Francisco Novoa cayó prisionero en la toma de Los Remedios y fue fusilado.

campos de maíz y su derecha flanqueda por una nube de caballería. En ese momento la división contempló la inmensa superioridad de la fuerza con la que tendría que contender y su destrucción le pareció inevitable. Pero la serenidad y valor de su jefe llenó a los soldados de entusiasmo y aumentó la resolución que habían tomado de vender sus vidas lo más caro posible.

A la infantería se le repartieron perdigones y muchos de los hombres cargaron con dieciocho de ellos además de las balas. Hicieron estragos en el enemigo. Pero el fuego constante de los realistas diezmó las filas de la infantería de Mina y su caballería sostuvo varias escaramuzas difíciles y sufrió severamente.

Por último, se vio que la caballería enemiga subía por la retaguardia y alanceaba a los desgraciados heridos, aunque algunos de ellos tuvieron todavía fuerza suficiente para disparar su fusil y continuar, mientras yacían en el suelo, dando la batalla hasta quedar cosidos a heridas. En este momento se dio orden de atacar y la línea avanzó con fría determinación. El enemigo dio muestras de estar totalmente decidido a sostenerse y permaneció firme hasta que la infantería de Mina se halló a pocos pasos. Éste fue el momento crítico que iba a decidir la suerte de la división. La infantería de Mina, animada por su resolución de vencer o morir, dio tres vivas y, lanzando una destructiva descarga de perdigones, se avalanzó sobre los realistas, que rompieron filas y, tirando sus armas, huyeron con tal precipitación que sólo unos pocos fueron alcanzados por las bayonetas. La caballería, sorprendida al ver la suerte de la infantería, se aterrorizó también y se dispersó, huyendo en todas direcciones. El general no pudo llevar su triunfo hasta el fin porque los caballos del destacamento de caballería se hallaban totalmente agotados. No obstante, persiguió a los fugitivos un corto trecho. Si el coronel Novoa hubiera tenido la misma valentía que el mayor Maylefer, quien mandaba la caballería de la hacienda, no hubiera escapado ninguno de la infantería enemiga. El mayor, deseoso de destacar, solicitó repetidamente al coronel que le permitiera participar en la gloria de ese día y reforzar al general con la caballería; pero, por una u otra razón, no se lo permitió y, así, la infantería realista escapó a su destrucción.

Se supuso que el enemigo, después de huir a una distancia razonable y al no verse perseguido, se reorganizaría y tornaría al ataque. En consecuencia, se ordenó que la división se dirigiera a la hacienda, a donde llegó después de haber combatido esforzadamente durante tres horas y media. Las tropas regresaron muy animadas, cada hombre con la conciencia de haber cumplido no sólo con su deber sino de haber escapado a la destrucción que pocas horas antes parecía aguardarle. Nadie

fue nunca recibido con tan cordiales felicitaciones como Mina por sus tropas, que llenaron el aire con sus vivas, y aun los heridos parecían insensibles al dolor en medio del regocijo general.

El primer impulso de la pequeña partida, al ser desbandada, fue correr hacia la comida que se había dejado en preparación; mas, para su profunda mortificación, encontraron que los cocineros, teniendo, como es natural, más interés por la suerte de la batalla que en preparar la provisiones, habían abandonado sus puestos. En su ausencia, los perros de la hacienda habían volcado las ollas y se habían regalado a expensas de los hambrientos soldados. Se consiguieron rápidamente nuevas provisiones que cocinar pero, mientras esto ocurría, se dio una alarma que, no obstante, resultó infundada.

Inmediatamente después de llegar a la hacienda, el general dirigió su atención a recoger a los heridos del campo de batalla y se enviaron partidas con este propósito, así como para recolectar algunos de los frutos de la victoria. Debido a la distancia que había entre la escena del combate y la hacienda y a la falta de medios necesarios para el transporte, esta tarea no terminó sino hasta que cayó la noche. Además de los heridos de la división, se recogieron también algunos del enemigo. Por la misma razón, sólo se pudieron salvar cincuenta lotes de armas, un cañón, tres tambores, algunos pertrechos y ocho cargas de municiones, pues el enemigo voló una cantidad considerable de ellas al huir.

Las pérdidas que sufrió la división fueron cuantiosas y sus fuerzas se vieron tristemente mermadas. Las bajas sufridas fueron las siguientes:

	<i>Oficiales</i>		<i>Tropa</i>	
	<i>muertos</i>	<i>heridos</i>	<i>muertos</i>	<i>heridos</i>
Estado mayor	1	1	0	0
Guardia de Honor	8	7	0	0
Caballería	2	3	9	7
Regimiento de la Unión	0	0	6	7
Primer Regimiento	0	0	4	0
Sirvientes armados	<u>0</u>	<u>0</u>	<u>0</u>	<u>1</u>
	11	11	19	15

Total de muertos y heridos 56

Uno de los muertos fue don Lázaro Goñi,³² natural de Navarra, a quien el general estimaba mucho. Además, era querido por todo el ejército y se había distinguido por su valentía.

³² Lázaro Goñi era capitán de estado mayor.

En el cadáver de un teniente coronel muerto en la acción se halló la orden del día, que mostraba que la fuerza enemiga había sido de *seiscientos ochenta hombres de infantería* de los regimientos europeos de Extremadura y América y mil cien de la caballería de Río Verde y Sierra Gorda, y que la retaguardia se componía de trescientos hombres. Esto fue corroborado después por documentos oficiales que se publicaron en México, así que Mina, con ciento setenta hombres de infantería fatigada y de mal montada caballería, derrotó, en una llanura y sin siquiera la ventaja de una buena posición, a más de mil setecientos hombres. Los soldados realistas que huyeron del campo de batalla regresaron a sus casas y, para vindicar su conducta, exageraron el número y la intrepidez de las tropas de Mina, las que, según dijeron, no estaban compuestas de hombres sino de demonios, y pintaron con colores sombríos la terrible devastación que causó su fuego. En consecuencia, la fama del general se extendió en todas direcciones y paralizó al enemigo.

Los realistas hablan todavía de la acción de Peotillos con vergüenza y mortificación. Esta batalla se dio a conocer por todo el reino y particularmente en las provincias centrales, donde es conocida por toda clase de personas. Vivirá mucho tiempo en la memoria de los mexicanos y quizá no esté distante el día en que el pueblo de México ofrezca a la memoria de Mina los honores debidos al héroe de Peotillos. Ésta y otras acciones y circunstancias han provocado en las mentes de los mexicanos una fuerte predilección y un gran respeto por los extranjeros, circunstancia de la que se seguirían los resultados más sorprendentes si un grupo de ellos invadiera al reino para luchar por su emancipación. Si Mina, después de esta acción, hubiera tenido consigo mil forasteros en vez de ciento cincuenta, podría haber marchado directamente sobre la capital de México, y las tropas realistas, en vez de enfrentársele, hubieran corrido a ponerse bajo sus banderas.

La batalla de Peotillos es prueba indudable de la calidad y el carácter de las tropas realistas y demuestra lo que unos cuantos extranjeros decididos pueden lograr en su contra a punta de bayoneta. Ésta no es la única acción que puede aducirse en apoyo de tal aseveración. La del coronel Perry, cerca de Soto la Marina, y la del Valle del Maíz, ya mencionadas, así como la de Pinos y la de San Juan de los Lagos, que se mencionarán, se ganaron todas contra fuerzas superiores; y más adelante se verá que la división de Mina fue destrozada por la enorme fuerza de cinco mil hombres, cuyos esfuerzos no hubieran prevalecido incluso entonces si su éxito hubiera dependido completamente de su valor personal. Si éstas no son pruebas suficientes de la espantosa caída que han sufrido los españoles de su, alguna vez, inmensa altura en los registros de la fama militar, déjese al lector retroceder a la historia de

su lucha contra el emperador Napoleón y en ella encontrará que en las provincias centrales de España los franceses, con sólo un tercio de sus fuerzas, resultaron victoriosos y los echaron de plaza en plaza aun después de que organizaron y disciplinaron sus ejércitos.

El estilo sanguinario en que estaba redactada la orden del día, encontrada como antes se dijo, provocó la indignación de la división contra su autor. En ella, Armiñán prohibía expresamente dar cuartel, y tan seguro se hallaba de la victoria que la superioridad enorme de sus fuerzas estaba bien calculada para inspirar, que se ufanaba de tener ya en su poder al traidor Mina y a su canalla (*gavilla*),³³ ninguno de los cuales, decía la orden, debía escapar. Modestamente establecía qué parte del botín tocaba al rey y cuál debía distribuirse entre sus tropas, a las que mandaba no suspender su obra de exterminio para dedicarse al saqueo; al terminar la matanza se dividirían los despojos. El gran disponedor de los acontecimientos humanos había ordenado que las cosas no sucedieran de acuerdo con los salvajes principios y predicciones del coronel Armiñán. Por el contrario; éste recibió un merecido castigo por las crueldades que se proponía ejecutar al ser su hueste puesta en fuga por la *décima* parte de sus fuerzas. Armiñán, con su estado mayor, huyó a varias leguas del campo de batalla antes de sentirse seguro de hacer alto. La comunicación que envió al comandante de San Luis Potosí se publicó en la *Gazeta de México* y es un buen ejemplo de los partes realistas que han aparecido en ese periódico durante la revolución. Es un escrito tan absurdo y tan palpablemente falso que aun los oficiales españoles lo tratan con el desprecio que se merece y no tocan este tema sin desagrado. Es muy breve y comienza diciendo que se había encontrado con una columna de soldados *dispuestos a morir matando; señala que la caballería realista se asustó con algo y atropelló a la infantería, lo que causó su desorden, pero que Armiñán había ganado la batalla y que sólo necesitaba doscientos hombres más de caballería – los que solicitaba se le enviaran – para acabar de destruir por completo a Mina*. Concluye este singular parte diciendo: “*No hay más papel*”,³⁴ “*No tengo más papel*”; y suponemos que de haberlo tenido hubiera comunicado, para información del pueblo mexicano, unas cuantas falsedades más.

Durante el combate, un trompeta fue hecho prisionero por un mayor de la caballería realista. El mayor lo obligó a desmontar de inmediato y le dio a llevar su carabina. El trompeta se aseguró rápidamente de que el arma estuviera cargada y, cuando vio que las tropas enemigas se hallaban en estado de confusión, apuntó de repente al mayor y

³³ “(*gavilla*)” en español en la edición de 1820.

³⁴ “*No hay más papel*” en español en la edición de 1820.

perentoriamente le ordenó desmontar; así lo hizo éste y el trompeta subió a la silla y le ordenó al mayor que marchara delante de él, diciéndole: “como usted se ve obligado a caminar, señor, no le molestaré con que cargue el arma”. Tan satisfecho quedó el mayor por la manera en que se le trató que a pesar de que Mina le dio la libertad se unió más tarde a una división de los patriotas.

Como los habitantes de la hacienda se habían retirado a la llegada de la división, no podía enviarse un emisario que averiguara cuál era la situación del enemigo. Mina sabía que la causa de su memorable victoria no había sido el hecho de que los realistas desconocieran sus fuerzas, puesto que habían tenido varias oportunidades de conocerlas con exactitud; además, la tarde anterior habían tomado prisionero a uno de la división, quien sin duda les había informado de todo. Por ello esperaba que avergonzados de verse derrotados por un número tan insignificante hicieran un esfuerzo desesperado para recuperarse de los desastres de Peotillos, por lo que se consideró más conveniente continuar la marcha sin que el enemigo se enterase. La división se puso así en camino y se destruyó el equipaje superfluo para dar lugar al acarreo de armas y municiones tomadas a los realistas.

Ya se ha dicho que algunos de los enemigos heridos se recogieron del campo de batalla, así como también los pertenecientes a la división; se les curaron sus heridas y se les brindó la misma atención que a los soldados de Mina. El cirujano reportó que cuatro de la división se hallaban heridos de tanta gravedad que era imposible moverlos y, con renuencia, el general se vio obligado a abandonarlos. Sin embargo, dejó una carta dirigida al comandante realista suplicándole que les prestara la misma atención que él había mostrado a los realistas heridos. La separación de estos valientes individuos fue en extremo dolorosa. Die-ron cordialmente la mano al general y a sus compañeros y les desearon suerte al tiempo que, suponían, se despedían de ellos para siempre. Tenemos gran placer en registrar aquí el hecho, que después conocimos, de que la súplica de Mina se vio atendida de la manera más escrupulosa. Por orden del comandante realista se llevó a los heridos a San Luis Potosí y allí fueron tratados en la forma más humanitaria, sobre todo por los vecinos.

Cuando todo estuvo listo, la división emprendió la marcha a las dos de la mañana del día 16 y continuó avanzando hasta mediodía, cuando llegó a un rancho. En este lugar se supo de la completa derrota del enemigo y, como ya no existían motivos para temer que la persiguiesen, la división acampó para pasar la noche. Como el rancho ofrecía todo lo necesario para su refrigerio, las tropas la pasaron espléndidamente.

A la mañana siguiente se prosiguió la marcha; pero dos oficiales, no se sabe por qué razón, permanecieron en el rancho y cayeron más tarde en manos del enemigo. Al ponerse el sol la división pasó por el pueblo de *Hideonda*.³⁵ Su párroco ordenó que repicaran las campanas y dio otras demostraciones aparentes de alegría para celebrar, según dijo, el resultado de la batalla. Intentó persuadir al general de que era decidido partidario de la causa patriota, pero su conducta, según se supo después, estuvo guiada por el más profundo disimulo, pues su verdadero objetivo era librarse de Mina de la manera más segura posible y averiguar el número exacto de sus fuerzas. Posteriormente se ufano con los realistas de haber contado a las tropas de Mina mientras éstas permanecían formadas en la plaza.

No obstante este rasgo de hipocresía, no debe inferirse que el clero sea adverso, en términos generales, a la causa de la libertad, si se exceptúa esa porción de sus miembros que vio la luz primera en España. Es verdad que los sacerdotes europeos, por intereses y prejuicios, han sido y serán siempre hostiles a la independencia del Nuevo Mundo; pero las enormes imputaciones que se han hecho al clero español *americano* no tienen el más mínimo fundamento. Acusar a los sacerdotes criollos de falta de *amor patriae* y de estar ligados a los intereses del gobierno español sólo puede provenir de una total ignorancia de su verdadero carácter y situación. No hay ninguna porción de la población mexicana que tenga mayor causa que el clero nativo para desear un cambio de gobierno o que, en secreto, no sea éste su más ardiente anhelo. Los ascensos en la jerarquía eclesiástica se hallan regulados de la misma manera odiosa que para los civiles y los militares. Ningún criollo, sean los que fueren los méritos de su familia o lo enorme de sus talentos, puede aspirar jamás a una mitra. Sólo los puestos subordinados corresponden a los criollos; muy raros son los casos de teólogos nativos que obtienen una posición mejor que la de *cura*³⁶ (rector de una parroquia), y aun las de más valor se ofrecen a los españoles peninsulares. La desigualdad de fortuna es en ellos más pronunciada que entre los civiles, y ningún país presenta tales contrastes de riqueza y pobreza, lujo y miseria como México. Mientras que una proporción considerable de los curas sufre de extrema pobreza (muchos de ellos dependen por completo para su subsistencia de la caridad de sus feligreses), los canónigos y los obispos, e incluso algunos de los curas, nadan en afluencia y en lujos. El criollo, una vez destinado a un *curato*,³⁷ permanece en él hasta que muere sin que nadie lo tenga en cuenta ni en consideración, mientras

³⁵ Actual Moctezuma, San Luis Potosí. (Información proporcionada por Octavio Herrera Pérez.)

³⁶ "*cura*" en español en la edición de 1820.

³⁷ "*curato*" en español en la edición de 1820.

tiene la mortificación de ver que cada día llega a su país la escoria de los conventos españoles destinada a alcanzar y monopolizar invariablemente las dignidades y la riqueza eclesiásticas.

El clero mexicano es bastante menos numeroso de lo que en general se supone. De acuerdo con un viajero ilustrado, el señor de Humboldt, el clero secular y los regulares que llevan la cogulla no exceden de diez mil personas y, si se incluyen las órdenes menores vinculadas con los conventos, llegan a catorce mil; es decir, tres por cada mil habitantes. El reino se divide en un arzobispado y ocho obispados. La revolución ha disminuido notoriamente sus ingresos, pero antes de ella los dignatarios recibían las inmensas rentas anuales que siguen:

Arzobispo de México	\$ 130 000
Obispo de La Puebla	110 000
Obispo de Valladolid	100 000
Obispo de Guadalajara	90 000
Obispo de Durango	35 000
Obispo de Monterrey ³⁸	30 000
Obispo de Yucatán	20 000
Obispo de Oaxaca	18 000
Obispo de Sonora	6 000 ³⁹

Los canónigos recibían de siete a nueve mil pesos y los subcanónigos⁴⁰ de dos a cuatro mil cada uno.

Los ingresos de la Iglesia provenían principalmente de los diezmos. Sus tierras tenían un valor aproximado de dos y medio millones de pesos y prestaba en hipotecas la enorme cantidad de casi cuarenta millones.

Cuando se considera que estas inmensas sumas iban a dar a las arcas de unos cuantos individuos, cuya gran mayoría se componía de españoles peninsulares con exclusión de los nacidos en el país, ¿se puede suponer, o es algo que vaya de acuerdo con la naturaleza humana, que una clase de hombres tan menospreciados y mal tratados sostenga, por sentimientos de unión con la *Madre Patria*,⁴¹ a un gobierno que así los oprime? Es cierto que tienen gran poder, que no dejan de ejercer, sobre sus rebaños; pero como la Inquisición, ese temible instrumento del despotismo, ha pendido hasta ahora sobre sus cabezas y el gobierno civil se halla en posesión de toda la fuerza física, que se llama siempre

³⁸ "Monterey" en la edición de 1820.

³⁹ Véase A. de Humboldt, *Ensayo político*, libro segundo, capítulo VII, p. 85.

⁴⁰ Traducción literal de *subcanons*.

⁴¹ "*Madre Patria*" en español en la edición de 1820.

en su ayuda, son sometidos por el terror, y el miedo les hace desempeñar un papel que de otra manera despreciarían. Si los eclesiásticos estuviesen apoyados debidamente, pronto convencerían al mundo de que son patriotas de verdad y que los cargos en su contra son sucias difamaciones.

Al lanzar una mirada retrospectiva sobre su conducta, encontramos que el plan para librar a México del despotismo fue trazado por *sacerdotes*, y que el padre de la revolución (Hidalgo) era un *sacerdote*. Desde un principio, los *sacerdotes* han ocupado las primeras filas en los ejércitos patriotas: tales fueron Morelos, Matamoros y un número infinito de otros miembros distinguidos de la Iglesia. Los que acabamos de mencionar, al igual que varios cientos más de *sacerdotes*, han caído víctimas de la lucha por la libertad, y todavía hay muchos clérigos que pelean al lado de los revolucionarios en las provincias de México, Guanajuato y Valladolid.

La marcha del día siguiente llevó a la división a una gran hacienda, llamada *Espíritu Santo*. Como estaba en la frontera de las provincias dominadas por los patriotas y abierta a sus incursiones había sido fortificada y tenía una guarnición que costeaba su dueño. Este cuerpo, al no parecerle prudente esperar el ataque de la fuerza que se aproximaba, se había retirado a San Luis, llevando a su propietario, un español europeo, bajo su escolta. La mayoría de los varones que la habitaban se había visto forzada a abandonarla, pero la división fue recibida a la entrada de la hacienda por un grupo de mujeres que llevaba una imagen de la Virgen y cantaba himnos. Temiendo lo peor de tropas victoriosas y juzgando cuál sería la conducta de Mina por la que habían experimentado de otros jefes en la misma situación, habían adoptado este método y esperaban, por medio de la intercesión de su santo tutelar, despertar la compasión del conquistador y obtener una clemencia que raras veces se les dispensaba. Sus miedos cesaron pronto y para su grandísima sorpresa los soldados, en vez de saquearlos como había sido la costumbre de los partidos contendientes, pagaron lo que habían pedido. La división acampó fuera de la hacienda, se repartieron raciones a las tropas y a la mañana siguiente continuó su camino.

La división llegó a marchas forzadas al *Real de Pinos* al ponerse el sol. El término *Real* connota un lugar en el que se benefician minas. Esta población se halla en la intendencia de *Zacatecas*, es grande y rica y está en una altura que se encuentra parcialmente rodeada de colinas, de las que se extraen los preciosos minerales. Se hallaba fortificada, quedando defendida por el lado de las colinas por un foso muy ancho y profundo que se dominaba desde los parapetos construidos sobre las casas. Por el lado cercano a la llanura, las calles que llevan a la *Plaza*

*Mayor*⁴² (plaza principal) se encontraban bloqueadas por un muro, levantado con el solo propósito de brindar protección del fuego de fusilería, construido con troneras y reforzado con trincheras. Estas defensas eran inútiles contra tropas organizadas porque las alturas dominan por completo el lugar desde un tiro de fusil. Sin embargo, en una ocasión fue sitiada por mil quinientos patriotas y había podido resistir sus ataques.

Cuando Mina llegó frente a Pinos había en la población una guarnición de trescientos hombres. Intimó a rendición la plaza, prometiendo respetar personas y propiedades y amenazando con las consecuencias que traería su reducción por la fuerza. Su intimación fue rechazada, por lo que Mina hizo preparativos para tomar el lugar. Poco después de que oscureció, se enviaron partidas a los diferentes puntos de ataque y hubo escaramuzas por ambos lados, que no causaron pérdida alguna a Mina. Poco antes de la medianoche, se ordenó que un destacamento de quince hombres del Regimiento de la Unión reforzara una partida del Primer Regimiento. En ese lugar las casas eran bajas y por sus azoteas se podía llegar a la Plaza Mayor, pues se extendían algún trecho por detrás de las obras enemigas. La pequeña partida de quince hombres, ansiosa de distinguirse, de inmediato subió a las azoteas y sin ser observada, a causa de la oscuridad de la noche, pasó de una a otra en silencio. Al llegar a la plaza, los atacantes descendieron por medio de sus cobijas y a la luz de las antorchas del enemigo vieron a su reserva, que estaba sobre las armas con cinco piezas de artillería. Avanzaron sobre ella cuanto pudieron sin ser observados, y entonces lanzaron sus tres vivas acostumbrados y cargaron sobre el enemigo con las bayonetas. Los realistas fueron completamente sorprendidos y, cada quien buscando en la huida su propia seguridad, abandonaron el lugar sin mayor resistencia. Así se tomó Pinos, con la pérdida de un solo hombre. Como la plaza había rehusado rendirse bajo condiciones honrosas y como fue tomada por asalto, Mina, de acuerdo con las leyes de la guerra, la entregó al saqueo, pero al mismo tiempo encargó a las tropas que no cometieran actos de violencia personal. Éstas encontraron enormes sumas de dinero y muchos de los soldados consiguieron más botín del que podían acarrear. Se provieron con abundancia de ropa, la que mucho necesitaban, y pocos abandonaron el lugar sin llevar sobre los hombros una capa ricamente bordada, que valía de cien a doscientos pesos y alguna de ellas mucho más; también se encontró un gran depósito de pertrechos militares.

Uno de los soldados del Regimiento de la Unión entró en una iglesia y fue sorprendido cuando robaba los ornamentos de oro del altar. El general siempre había ordenado a sus tropas, en la forma más terminante,

⁴² “*Plaza Mayor*” en español en la edición de 1820.

respetar todos los lugares dedicados al culto divino, y había manifestado su firme determinación de castigar con la muerte a quien sorprendiera cometiendo un sacrilegio. En una ocasión anterior, en Soto la Marina, mandó fusilar a un criollo por robar una iglesia en Palo Alto. Así, pues, al ser informado de este asunto, ordenó inmediatamente que el soldado fuera llevado al frente de la división y fusilado, demostrando así a los realistas que los hombres a quienes llamaban herejes y a quienes habían hecho aparecer ante el pueblo como saqueadores sacrílegos tenían más respeto por los santuarios religiosos que ellos mismos, ya que durante toda la revolución las tropas realistas han profanado invariablemente las iglesias, usándolas como fuertes, cuarteles y establos cuando así ha convenido a sus fines. En varias ocasiones han despojado a catedrales y conventos de enormes cantidades de ornamentos de plata, que han mandado acuñar. Por ello, no hubiera sido de sorprender que los patriotas siguieran su ejemplo; pero en honor suyo debe decirse que tienen más escrúpulos en esos asuntos que sus enemigos. En varias partes de la provincia de Guanajuato se veían iglesias en ruinas, derruidas por los mismos habitantes antes que permitir fueran utilizadas como fortalezas.

En la tarde del día 19 el general, después de liberar bajo palabra a los prisioneros que habían caído en sus manos, evacuó Pinos, llevando una parte de los trofeos de su última victoria, que consistía en un lote de banderas, cuatro cañones, varios lotes de armas, una gran cantidad de municiones, ropa y pertrechos. Sin embargo, por no tener mulas para su transporte, se arrojaron a un pozo quince cajas de municiones, dos cañones después de haber sido clavados y algunos otros artículos.

Se esperaba que la ansiada unión con los patriotas del interior se llevara a cabo a los pocos días. El camino atravesaba entonces una de aquellas extensas y áridas llanuras, tan abundantes en la intendencia de Zacatecas. Algunas casas en ruinas y muchas osamentas humanas esparcidas aquí y allá daban un aire de desolación a la planicie e indicaban que el país había sufrido severamente los estragos revolucionarios. Durante tres días la división marchó por esta solitaria llanura y, como todo había sido destruido, ni hombres ni bestias se veían por ningún lado. No se podía conseguir provisiones, pero por fortuna las llanuras estaban cubiertas de pasto, que brindó a los caballos un forraje superabundante y les permitió cubrir mucho terreno cada día.

El 22, después de anochecido, el guía titubeó sobre cuál era el camino correcto y la división hizo alto. Llevaba tres días casi sin probar bocado, y como no había probabilidades de hallar un alivio inmediato la situación se tornaba desagradable. Temprano a la mañana siguiente se envió a un oficial con una pequeña escolta de caballería para que se adelantara y buscara alguna habitación. No había avanzado mucho

cuando se encontró con una pequeña partida de *patriotas* que exploraba el terreno. Como el destacamento estaba bien uniformado y como los patriotas nada habían oído de la llegada de Mina, supusieron que era una división enemiga y comenzaron a hacerle fuego. Con dificultad, el oficial logró parlamentar con ellos; una vez conseguido esto y quedando él como rehén, algunos patriotas se acercaron a la división. Fácilmente puede imaginarse el gozo de las tropas al reunirse, por fin, con sus aliados después de superar tantos obstáculos. En su alegría, todos olvidaron los sufrimientos pasados y contemplaron con placer el campo de gloria que, suponían, se abría ante ellos. El general partió de inmediato para encontrarse con el comandante de sus aliados, el teniente coronel *don Cristóbal Nava*,⁴³ y presentarle sus respetos, y en el curso de la mañana ambos regresaron al campamento.

La figura grotesca del coronel sorprendió a la división. Llevaba una chaqueta café, raída y ancha, decorada con muchos encajes de plata deslustrada, y un chaleco rojo; el cuello de su camisa, de corte caprichoso y rebordado, estaba totalmente abierto, y un pañuelo de seda negra le colgaba flojamente del cuello. También llevaba unos pantalones de pana color olivo, anchos, cortos y mohosos, decorados igualmente con encajes, y en sus piernas se enrollaban dos pieles de venado curtidas, atadas bajo las rodillas con una liga. Llevaba puestos un par de rústicos zapatos y en cada talón una enorme espuela de hierro, incrustada de plata, que pesaba cerca de una libra, con rodajas de cuatro pulgadas de diámetro. Sobre la cabeza se había colocado un sombrero rústico cuya ala medía ocho pulgadas, adornado con una ancha banda de plata en cuyo frente estaba prendida una imagen de la Virgen de Guadalupe, enmarcada y protegida por un cristal. Montaba un excelente caballo e iba armado con un par de pistolas, una espada toledana⁴⁴ y una lanza descomunadamente larga. Sus hombres se hallaban equipados de manera semejante, pero iban vestidos y armados más que nada con los despojos tomados al enemigo. Aunque estos cosacos mexicanos estaban ataviados en forma curiosa y ruda, eran hombres de apariencia robusta, acostumbrados a las penalidades y a las privaciones severas y llenos de valor.

El distrito que dominaba don Cristóbal era pobre, a lo que debe atribuirse su apariencia, pero en los distritos ricos, aunque los oficiales patriotas se visten al estilo del coronel (atuendo que, dicho sea de paso, es el del campesino mexicano y está muy lejos de sentarle mal), gastan grandes sumas de dinero en su vestimenta y en los aparejos de sus caballos. Muchas de las tropas se hallan bien uniformadas, de acuerdo con su gusto. Los oficiales van literalmente cubiertos de botones de

⁴³ "Christoval Naba" en la edición de 1820.

⁴⁴ "Spanish Toledo" en la edición de 1820.

oro y plata, encajes y bordados, y para proteger todo eso del clima llevan unas capas llamadas “*mangas*”,⁴⁵ ricamente adornadas con encajes de oro. Cabalgan en soberbios caballos que por lo común van suntuosamente enjaezados: las cabezadas de las bridas van cubiertas de plata, la parte visible del fuste de la silla está montada en este metal y la silla misma va rica y elegantemente bordada con hilos de oro y plata; muchas de ellas cuestan de cien a trescientos pesos. Algunos comandantes llegan a extremos extravagantes en cuanto a su apariencia, pero la mayoría, excepto en los distritos muy pobres, va suntuosa y hermosamente vestida.

Mina supo por don Cristóbal que a cinco leguas de distancia se hallaba un rancho de los patriotas y que cuatro leguas más adelante se encontraba el fuerte patriota llamado *El Sombrero*. Estas noticias lo confortaron y las tropas continuaron la marcha con el ánimo en alto.

Por desgracia, el teniente Porter se había perdido la tarde anterior, al caer la noche. A la mañana siguiente fue hecho prisionero por los realistas y enviado a la población de *Lagos*.

Mientras la división ascendía las alturas de Ibarra,⁴⁶ se divisó en la llanura un numeroso cuerpo enemigo. Para las exhaustas tropas, su aparición fue tan inesperada como inoportuna. Como Mina supuso que se le obligaría a entrar en acción, tomó las medidas necesarias para actuar a la defensiva y no hay duda de que, si los realistas lo hubieran atacado, sus tropas, alentadas como se hallaban por la victoria reciente y animadas por encontrarse tan cerca de sus aliados, les hubieran brindado una cálida recepción. Mas, por razones inexplicables para la división, el enemigo declinó entrar en combate y permitió que Mina llegara al rancho sin ser molestado. Allí las tropas encontraron carne que en abundancia les brindaron sus amigos, lo que constituyó una deliciosa comida para quienes habían ayunado durante cuatro días.

Los realistas acampaban en una hacienda arruinada, distante tan sólo dos leguas de la división, y a la mañana siguiente se dirigieron hacia la *Villa de León*. Sus fuerzas se componían del batallón del regimiento europeo de *Navarra* y setecientos hombres de caballería bajo el mando de *don Francisco de Orrantía*,⁴⁷ quien, al parecer, después de la batalla de Peotillos fue enviado de la ciudad de *Querétaro* para evitar que Mina se uniese a los patriotas. Ya se ve en qué forma obedeció estas órdenes. En las páginas siguientes Orrantía será una figura conspicua y se verá que su conducta futura correspondió exactamente al comportamiento que observó en esta ocasión. La verdadera causa de haber

⁴⁵ “*mangas*” en español en la edición de 1820.

⁴⁶ “Ybarra” en la edición de 1820.

⁴⁷ Orrantía permaneció en México después de consumada la independencia. Fue gobernador del estado de Occidente y diputado local.

declinado entrar en acción con Mina puede atribuirse al temor respetuoso que el general le inspiraba.

Orrantía es uno de los muchos peninsulares enviados a buscar fortuna a las colonias, sin educación ni principios. Esta clase de españoles es la que ha oprimido de manera tan terrible al infortunado criollo en todas las regiones del Nuevo Mundo. Pronto se hizo rico; era —y es todavía— dueño de un gran almacén en la población de *San Miguel el Grande*, donde lleva a cabo un lucrativo negocio. Al estallar la revolución se convirtió en soldado, y las sanguinarias atrocidades que cometió contra hombres, mujeres y niños indefensos le granjearon el reconocimiento de las autoridades realistas y fue promovido al rango de coronel.

El oficial que había permanecido como rehén con don Cristóbal Nava y que había sido enviado por él a su oficial superior, *don Pedro Moreno*, comandante de El Sombrero, después de informarle a éste de la comisión que llevaba, recibió de don Pedro una invitación para el general, en la que le daba la bienvenida y le pedía que la división se dirigiera al fuerte. Al mismo tiempo, don Pedro dio parte al gobierno patriota de este feliz acontecimiento y la noticia pronto se esparció en todas direcciones.

Temprano por la mañana del día 24, el general, con su estado mayor, se dirigió al fuerte. La división los siguió poco después y llegó al mediodía a la fortaleza, donde fue recibida con las demostraciones más cordiales de regocijo. Los patriotas vieron con asombro a la división, y apenas pudieron creer que fuera posible que semejante puñado de hombres hubiera podido penetrar a tal distancia en el interior del país y a través de una región ocupada por los realistas a todo lo largo del camino.

La división había estado en marcha durante *treinta días* y había recorrido una distancia de *doscientas veinte leguas*. Durante un trecho considerable había sido hostilizada por el enemigo y por esta causa, así como por la índole de las marchas, no pudo conseguirse una provisión regular de víveres. Con frecuencia, dos, algunas veces tres, e incluso hasta cuatro días seguidos, llegaron a pasarse sin raciones, y las tropas en ningún momento, si se exceptúa en el Valle del Maíz, obtuvieron más de una comida al día y ésta compuesta tan sólo de carne. En medio de estas privaciones y fatigas, la división dio dos reñidas batallas y tomó una población. Las tropas soportaban tales penalidades con alegría al ver que su jefe compartía su suerte y que a la hora del peligro se hallaba invariablemente a la cabeza, animándolos a todos.

Las privaciones sufridas por la división no se debieron a que falten recursos en aquella región de México para mantener a un ejército, sino

a la circunstancia de que el general se vio obligado a buscar los caminos menos frecuentados y a las continuas y rápidas marchas que su situación le obligó a emprender, que a menudo no le dejaban tiempo para el descanso de sus tropas, excepto el sueño de unas cuantas horas en que las tropas preferían emplear su tiempo en lugar de cocinar. Si la fuerza de Mina hubiera sido lo bastante fuerte para permitirle avanzar por el camino real, la división hubiera corrido otra suerte, pues pocos países pueden brindar a un ejército mayores provisiones que México, especialmente en cuanto a carne. A pocas leguas del litoral, donde la población es muy escasa, el pan es difícil de conseguir, pero poco después un ejército encuentra un país delicioso, bastante poblado, con un clima espléndido y en cuyas poblaciones siempre se puede conseguir pan de trigo.

Al revisar el mapa del señor barón de Humboldt —el único correcto que existe—⁴⁸ se verá que la distancia de Soto la Marina a El Sombrero por el camino del rey (camino real)⁴⁹ es tan sólo la mitad de la distancia arriba mencionada; pero la situación peculiar de Mina lo obligó a tomar rutas tortuosas, las que pueden ser percibidas al trazar su marcha en los mapas.

Según el informe del coronel Novoa a su llegada a El Sombrero la fuerza de la división era como sigue:

El general y su estado mayor	10
Guardia de Honor	23
Caballería	109
Regimiento de la Unión	46
Primer Regimiento de línea	59
Artilleros	5
Sirvientes armados	12
Ordenanzas	5
 Total	 269

De ellos, veinticinco estaban heridos y las pérdidas, entre los muertos y los tomados prisioneros en el camino, llegaron a treinta y nueve. Si se considera que la división marchó a través de una extensión tan grande de país enemigo, soportando severas privaciones y sufriendos durante treinta días, además de dar dos batallas y tomar por asalto una población, parecerá casi increíble que en tales circunstancias

⁴⁸ Se refiere al mapa que acompaña al *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de A. de Humboldt.

⁴⁹ “(camino real)” en español en la edición de 1820.

las pérdidas hayan sido tan pequeñas. Esto nos da la pauta que le permitirá al lector juzgar la habilidad y los arrestos de Mina y la buena conducta de sus tropas y oficiales.⁵⁰

En las distintas acciones se tomaron las siguientes municiones de guerra:

	Cañones	Mosquetes	Espadas	Lanzas	Banderas	Tambores	Cajas de car hos	Uniformes	Gorras	Cajas de munición	Chisp s
Acción del Valle de Maíz	4	8	10	50	0	0	0	0	0	3	0
Acción de Peotillos	1	50	0	0	0	3	18	0	0	8	0
Captura de la Sierra de Pinos	4	38	20	50	1	1	34	60	60	7	400
Total	9	96	30	100	1	4	52	60	60	18	400

Se hubiera alcanzado una cantidad mucho mayor de haber tenido tiempo de recogerlas o si se hubieran conseguido mulas para transportarlas; por falta de estas últimas, tan sólo en Sierra de Pinos se tiraron a un pozo quince cajas de municiones, dos cañones y otros artículos. Insignificantes como eran estos trofeos, produjeron, sin embargo, tal impresión en los patriotas que los volvió de gran importancia. Ninguno de sus oficiales había oído hablar de Mina ni tampoco habían visto nunca, ni ellos ni sus soldados, un extranjero; por lo tanto, juzgaban los méritos de la división por las batallas ganadas y por los despojos que llevaron al fuerte.

Los patriotas vieron entonces como muy próxima la caída del gobierno español en México, y toda la región que dominaban presentó una escena de alegría.

⁵⁰ La edición inglesa, aparecida en 1821, añade aquí lo siguiente:

“Esto prueba, de manera incontestable, el estado de perturbación de los realistas y resuelve de una vez por todas cualquier duda que pueda surgir sobre las probabilidades de éxito de una fuerza de dos mil hombres. ¿En qué otro país que se precia, como lo hace el gobierno realista de México, de la adhesión al rey de seis millones de habitantes y que cuenta con el apoyo de 60 000 tropas, podrían 300 hombres penetrar 200 leguas y llegar a menos de 80 de la capital sin ser exterminados desde su llegada? No se necesita ningún comentario para mostrar la crítica situación de los realistas; esta circunstancia, por sí sola, habla lo suficientemente claro.”

Desde el inicio de la revolución, en ningún momento el gobierno de México había estado en una situación tan crítica y embarazosa. Había calculado que las fuerzas de Arredondo, Armiñán y otros jefes serían suficientes para aniquilar a Mina; pero cuando se enteró de que éste se había unido a los patriotas comenzó a temblar por lo que podía ocurrir. Sabía que le hubiera sido imposible penetrar tan lejos en el interior del país con un cuerpo tan insignificante de tropas si los habitantes no hubieran favorecido en secreto su avance, y por los resultados de las batallas se había dado cuenta de que no podía confiar en la fidelidad ni en el valor de sus propias tropas. Tampoco ignoraba el hecho de que Mina era muy conocido y muy popular entre las tropas europeas entonces en México y que, en consecuencia, había el peligro de que el desafecto cundiera entre esa clase de soldados. Estas reflexiones y estos miedos de las autoridades de la ciudad de México estaban bien fundados, y en la mente del que esto escribe no hay duda de que si Mina hubiera encontrado a los patriotas unidos y en la cantidad que había calculado o si, esparcidos como se hallaban, hubieran abrazado sus planes y cooperado celosamente para llevarlos a cabo, no sólo hubiera podido resistir cualquier fuerza que los realistas enviaran en su contra sino que con toda probabilidad hubiera llevado su empresa a un final exitoso. Esta opinión se verá fuertemente apoyada por los hechos que se narrarán a continuación.

Los primeros propósitos del general al entrar a El Sombrero fueron poner sus servicios a los pies del gobierno y escribir al *Padre Torres*,⁵¹ un jefe vecino, quien llevaba el título de comandante en jefe. Mina hizo circular también su manifiesto.

El fuerte se hallaba bajo el mando de don Pedro Moreno, mariscal de campo,^{52d} y contaba con una guarnición de alrededor de ochenta hombres de infantería y unos cuantos de caballería bastante bien armados y vestidos. Don Pedro también tenía a sus órdenes un cuerpo de cerca de doscientos hombres de caballería, mandado por don *Encarnación Ortiz*,⁵³ quien recorría la región vecina a la fortificación.

El fuerte de El Sombrero, llamado por los realistas *Comanja*, se hallaba situado en la montaña de ese nombre a cosa de dieciocho leguas

⁵¹ “Padre” en español en la edición de 1820. José Antonio Torres había tomado parte en la insurgencia en Michoacán y Guanajuato. Fue vocal de la Junta de Jaujilla, que le otorgó el grado de teniente general. Murió en un pleito de un lanzazo que le dio el capitán insurgente Juan Zamora.

⁵² “mariscal de campo” en español en la edición de 1820.

^d Los grados militares españoles, que también son empleados por los patriotas, van de coronel a brigadier, de brigadier a mariscal de campo, de ahí a teniente general y, finalmente, a capitán general.

⁵³ Alias *El Pachón*. Después de la muerte de Mina prosiguió bajo el mando del padre Torres. Se adhirió al Plan de Iguala y murió antes de consumada la independencia.

al noroeste de la ciudad de Guanajuato, en la intendencia de ese nombre; a cinco leguas al este-sudeste de Lagos, en la intendencia de Guadalajara, y a seis leguas al noroeste de la *Villa de León*. Era una lengua de tierra toscamente fortificada, como de quinientos pasos de largo, que se extendía de norte a sur y se elevaba sobre la llanura de León cosa de mil pies. En su extremo norte había un estrecho puente o terraplén, bordeado de precipicios, que conectaba la lengua de tierra que formaba el fuerte con una cadena de colinas, una de las cuales lo dominaba por completo a distancia de un tiro largo de fusil. Esta sola circunstancia bastaba para que el fuerte fuera insostenible ante cualquier ataque formal, pero como Moreno había rechazado con éxito a los realistas en una tentativa que hicieron para entrar, lo consideraba como una posición muy segura. Por el lado este el fuerte se hallaba separado de las montañas por una barranca⁵⁴ muy ancha y profunda. A su extremo sur el declive era muy abrupto y en el lado oeste el descenso hacia la llanura era muy pronunciado. Desde este mismo extremo, a menos altura que el fuerte, se extendían hasta la planicie dos angostas lomas. A través del final del terraplén vecino al fuerte, donde su anchura era de unos cincuenta pasos, se había puesto un muro pobremente construido. Estaba flanqueado por dos baterías de una pieza, mal planeadas, que dominaban la mayor parte del terraplén y la ladera de la colina de enfrente, pero no podían alcanzar el foso. Ésta era la única entrada regular del fuerte. A sus espaldas tenía una colina cónica, coronada por una obra de cañón que dominaba el terraplén. Desde la entrada hasta cierta distancia a lo largo del fuerte, éste se hallaba naturalmente defendido por rocas perpendiculares y precipicios, y al sur o extremo inferior, como se le llamaba, se hallaba fortificado artificialmente por un muro bajo, de piedras sueltas; pero la verdadera defensa de este lugar, mala de por sí, era lo escarpado de la colina. En varios lugares del fuerte se habían montado diecisiete piezas de artillería, torcidas, toscas y deformes, cuyos calibres iban de dos a ocho libras. La casa del comandante, los almacenes, el hospital y la mayor parte de las habitaciones de los soldados —no había cuarteles— se habían construido en el lado sur de la colina cónica; algunas chozas de paja se encontraban también en el extremo sur y se apretaban entre las rocas en distintas partes del fuerte. El mayor de todos sus defectos era la falta de agua, y la guarnición se proveía de un riachuelo (*arroyo*)⁵⁵ que corría al fondo de la barranca, a una distancia de casi ochocientos pasos del fuerte. Al tiempo que la división hizo su entrada en él, no había

⁵⁴ “barranca” en español en la edición de 1820.

⁵⁵ “(arroyo)” en español en la edición de 1820.



provisiones ni para una semana y desde cualquier punto de vista estaba mal preparado para resistir un ataque serio.

Después de haber conducido al general hasta el logro de uno de sus propósitos más importantes, la unión con los patriotas, debemos retomar, antes de proseguir con el relato de las hazañas de Mina, las memorias de la revolución mexicana para mostrar con claridad el estado miserable y desordenado en que se hallaban por entonces los insurgentes y los obstáculos insuperables que el general tenía que vencer por la enorme ignorancia, ambición, pereza y falta de principios de muchos de los jefes de esa época; obstáculos que, de hecho, fueron las causas inmediatas del fracaso de la empresa de Mina y del final deplorable de su carrera.